

EN EL NÚCLEO DE LA GALAXIA

LARRY NIVEN

1.

No sabía si llamarlo una pintura, un relieve mural, una escultura o una mezcla de todo; pero era la principal pieza de las que se exhibían en la Sección de Arte del Instituto del Conocimiento en Jinx. Los kdatlynos deben tener ojos extraños, pensé. Los míos estaban humedecidos. Cuanto más miraba al «ESPACIO-FTL», más borroso se volvía.

Decidí en principio, que era *aparentemente* borroso, cuando unas dentudas quijadas agarraron mi brazo suavemente. Pegué un salto. Una voz suave de espeluznante contralto dijo:

—Beowulf Shaeffer, es usted un derrochador.

Esa voz podría haber hecho la fortuna de un cantante. Y creo que la reconocí, pero no podía ser; *esa* estaba en Nosotros Lo Hicimos, a años luz de distancia. Me volví.

El titiritero había soltado mi brazo y luego continuó:

—¿Y qué piensa de Hrodenu?

—Está arruinando mis ojos.

—Naturalmente. Los kdatlynos no ven nada, sólo perciben señales de radar. «ESPACIO-FTL» se puede tocar pero no ver. Pase su lengua sobre él.

—¿Mi lengua? No, gracias.

Traté de posar mi mano sobre el objeto. Si quieren saber sobre qué trata, tomen una nave hacia Jinx; la cosa está todavía allí. Me rehusó terminantemente a describir la sensación.

El titiritero movió dubitativamente la cabeza y dijo:

—Estoy seguro que su lengua es más sensitiva. No hay guardianes cerca.

—Olvídelo. Usted se parece al presidente de Productos Generales de Nosotros Lo Hicimos.

—Fue él quién me mandó su expediente, Beowulf Shaeffer. Sin duda tuvimos al mismo profesor de inglés. Yo soy el presidente local en Jinx, como se habrá dado cuenta por mi nombre.

Bueno, no del todo. Un titiritero se puede describir diciendo que es casi un centauro de tres patas con dos cabezas chatas, sin cerebro, montadas sobre largos y sinuosos cuellos. Las bocas también funcionan como manos, y con la misma eficiencia. La crin, que va desde la cola hasta transformarse en un mechón

castaño rojizo en la caja del cerebro, entre los cuellos, se supone que es evidencia de la casta, cuando uno se aprendió las sutiles variaciones de tonalidad. Para hacer eso uno tiene que ser titiritero. En lugar de admitir mi ignorancia, le pregunté:

—¿Decía ese expediente que yo era un derrochador?

—Usted ganó más de un millón de estrellas en los últimos cuatro años.

—Lo hice encantado.

—Sí. Dentro de poco contraerá deudas nuevamente. ¿No ha pensado en seguir escribiendo? Me resultó admirable su artículo sobre la estrella de neutrones BVS-1. *«El fondo afilado de un pozo de gravedad» ... «la luz azul de las estrellas cayó sobre mí como aguanieve intangible» ... encantador.*

—Gracias. Se paga bien, además. Pero yo soy ante todo piloto de naves espaciales.

—Nuestro encuentro aquí es afortunado. Yo había pensado ya en encontrarme con usted. ¿Desea trabajo?

Esa era una pregunta intencionada. La última y única vez que acepté un trabajo de un titiritero me engañó, sabiendo que el trabajo posiblemente me mataría. Y casi sucedió así. No di a conocer esto al presidente local de Nosotros Lo Hicimos. De hecho, yo lo chantajeé a mi vez, cuando se le escapó que su planeta no tenía luna. Los titiriteros, cobardes por naturaleza, llegan a cualquier extremo para impedir que toda la galaxia descubra ese mundo. Pero, ¿permitirles que me embromen otra vez?

—Le responderé con un condicional «quizás». ¿Cree usted que acaso soy un piloto suicida profesional?

—De ningún modo. Si le doy detalles, ¿aceptará la información como confidencial?

—Lo haré —dije muy serio, sabiendo que me comprometería. Un contrato verbal es tan comprometedor como una cinta grabada.

—Bien. Vamos. —Corveteó hacia una cabina transportadora.

La cabina transportadora nos condujo hasta algún lugar de las vacuas regiones de Jinx. Era de noche. Alto en el cielo, Sirio B era un punto apenas brillante que arrojaba una vívida luz de luna azul en un áspero paisaje. Miré hacia arriba y no vi a Benaria, el hinchado planeta anaranjado compañero de Jinx. Por lo tanto, debíamos estar en el Extremo Alejado.

Pero había algo que colgaba sobre nosotros.

Un casco N° 4 de Productos Generales es una esfera transparente de unos trescientos metros de diámetro. No se construye ninguna nave tan grande en ninguna parte de la galaxia conocida. Sólo los gobiernos pueden comprarlos y se usan sólo para proyectos de colonización. Pero éste nunca había sido usado para eso. Era todo maquinaria. La cabina de transporte en que habíamos venido estaba entre dos de las patas de aterrizaje, de modo que el flanco abultado de la nave nos miraba como mira una lechuga a un ratón. Un tubo de acceso atravesaba el vacío desde la cabina hasta la compuerta de aire.

—¿Productos Generales construye embarcaciones espaciales completas? —pregunté.

—Estamos pensando en extendernos, pero hay problemas.

Desde el punto de vista de la compañía de los titiriteros, debía parecer hora de ampliar la línea. Productos Generales fabrica los cascos del noventa y cinco por ciento de todas las naves espaciales, en especial porque nadie más sabe construir cascos indestructibles. Pero esta nave era un fracaso. El único cuarto que pude ver para la tripulación, carga o pasajeros, lo constituían unos pocos metros cúbicos de espacio libre hacia el fondo, justo encima de la compuerta. Pero parecía ser lo suficiente grande para un piloto.

—Les va a costar bastante vender esto —dije.

—Cierto. ¿Nota algo más?

—Bueno...

La quincallería que llenaba el casco transparente formaba una ajustada masa compacta. El efecto era como si una raza de gigantes de diez millas de altura hubiese tratado de dedicarse a la miniaturización. No vi ninguna señal de tubos de acceso; es decir, no podrían hacerse reparaciones en el espacio. Cuatro motores a reacción sacaban sus grandes narices del casco, formando un ángulo hacia afuera, por abajo. No había ningún chorro pequeño de aterrizaje por retroimpulsión, sino giros de gran tamaño en el interior. De lo contrario...

—La mayor parte de esto se parece a motores de hiperconducción. Pero esto es tonto... A no ser que ustedes hayan pensado que trasladar lunas sea un buen negocio.

—En la época en que usted fue piloto comercial de Líneas Nakamura, ¿cuánto duraba la travesía desde Jinx hasta Nosotros Lo Hicimos?

—Doce días, si no se presentaban inconvenientes. —El tiempo suficiente para llegar a conocer la pasajera más bonita que hubiera a bordo, mientras el autopiloto hacía todo por mí excepto usar mi uniforme.

—De Sirio a Procyon hay una distancia de cuatro años luz. Nuestra nave podría realizar el viaje en cinco minutos.

—Se ha vuelto usted loco.

—No.

Pero, ¡eso era casi un año luz por minuto! No podía visualizarlo. Entonces de repente lo visualicé, y mi boca se abrió porque ante mí vi a la galaxia que se abría. ¡Conocemos tan poco más allá de unos cuantos sistemas vecinos! ¡Pero con una nave como ésta...!

—Es condenadamente rápida.

—Así es. Pero el equipo es voluminoso, como puede apreciar. Costó siete mil millones de estrellas construir esta nave, sin tener en cuenta los siglos de investigación, pero sólo puede llevar a un hombre. Como tal, la nave es un fracaso. ¿Entramos para echar un vistazo?

2.

El sistema habitacional estaba en dos cuartos circulares, uno arriba del otro, con una pequeña compuerta en un costado. El cuarto inferior era el de control, con hileras de botones y diales y luces intermitentes cubiertas con un enorme indicador de masa esférica. El cuarto superior tenía las paredes desnudas, transparentes, por las que pude ver el equipo productor de aire y alimento.

—Ésta será la sala de descanso —dijo el titiritero—. Decidimos que el piloto mismo la decore.

—¿Por qué yo?

—Permítame explicarle mejor el problema. —El titiritero se puso a recorrer desesperadamente la habitación. Yo me apoyé contra la pared y observé. Es placentero ver moverse a un titiritero. Aun en la gravedad de Jinx el cuerpo de venado parecía no tener peso, mientras los pequeños cascos golpeaban el suelo—. La esfera humana de colonización es de unos treinta años luz, ¿no es así?

—Como máximo, pero no es exactamente una esfera.

—La región de los titiriteros es mucho más pequeña. La esfera de kdatlyno es la mitad del tamaño de la de ustedes, pero la kzinti es un poco más grande. Estas son las especies más importantes que viajan por el espacio. No tenemos en cuenta a los forasteros porque no usan naves. Naturalmente, algunas esferas coinciden. Casi no se viaja de una esfera a otra, excepto entre nosotros, porque nuestra área de influencia llega hasta todos los que compran nuestros cascos. Pero si se suman todas estas regiones, tenemos una zona de sesenta años luz. Esta nave podría atravesarla en sesenta y cinco minutos. Si se tienen en cuenta seis horas para el despegue y seis para el aterrizaje, suponiendo que no hay ninguna complicación en el tráfico cercano al mundo de destino, contamos con una nave que puede ir a cualquier parte en trece horas pero a ninguna en menos de doce, que lleva un piloto y ninguna carga, y que cuesta siete mil millones de estrellas.

—¿Y qué tal la exploración?

—Nosotros los titiriteros no tenemos ninguna sensibilidad para el conocimiento abstracto. Y, ¿cómo explorar? —Con esto quería decir que cualquier raza que volara en la nave se llevaría las ventajas que ella proporcionara, pero ningún titiritero arriesgaría su cuello para pilotarla él mismo—. Lo que necesitamos es una gran cantidad de dinero y reunir inteligencias, para que se diseñe algo que *pueda* ir a la misma velocidad, pero que *sea* menos voluminoso. Productos Generales no quiere invertir tanto dinero en algo que pueda ser un fracaso. Necesitaremos a las mentes más brillantes de cada especie inteligente y los inversores más ricos. Beowulf Shaeffer, necesitamos llamar la atención.

—¿Un golpe publicitario?

—Sí. Queremos mandar un piloto al Núcleo de la galaxia y que vuelva.

—Oh..., ¡dioses! ¿Puede ir *así* de rápido?

—Llevará unos veinticinco días llegar hasta el Núcleo y otros tantos en volver. ¿Puede usted ver el razonamiento detrás?

—Es perfecto. No necesita usted aclararlo más. ¿Por qué yo?

—Queremos que realice el viaje para después escribir sobre él. Tengo una lista de pilotos que escriben, pero rehusaron porque dicen que escribir en tierra firme es más seguro que probar naves desconocidas. Entiendo el razonamiento de ellos.

—Yo también.

—¿Irá?

—¿Qué me ofrece a cambio?

—Cien mil estrellas por el viaje. Cincuenta mil por escribir la historia, por encima de lo que le paguen por ella.

—Vendida.

Desde entonces, mi única preocupación fue que mi nuevo patrón no descubriera que alguien había escrito por mí aquel artículo sobre la estrella de neutrones.

Me preguntaba ante todo por qué Productos Generales confiaba en mí. La primera vez que trabajé para ellos había tratado de robarles la nave, por motivos valederos en ese momento. Pero la nave a la que ahora llamaba *Largo Alcance* no valía la pena. Cualquier comprador potencial sabría que jugaba con fuego; y, ¿para qué le serviría? *Largo Alcance* podía explorar una agrupación globular; pero su único uso era la publicidad.

Mandarla al Núcleo era una obra maestra de promoción.

Adviértase: había doce días entre Nosotros Lo Hicimos y Jinx con transportes convencionales, y doce horas con *Largo Alcance*. ¿Cuál es la diferencia? Uno se pasa doce años ahorrando para el viaje. ¡Pero el Núcleo! Sin tener en cuenta los problemas de reabastecimiento y reaprovisionamiento, mi vieja nave podría haber llegado al Centro de la galaxia en trescientos años. ¡Ninguna especie conocida *vio* jamás el Núcleo! Estaba escondido detrás de capas y capas de gas tenue y nubes de polvo. Hay bibliotecas enteras de escritos sobre esas estrellas centrales, pero todos contienen generalidades y conjeturas basadas en la observación de otras galaxias, como Andrómeda.

¡Tres siglos que se transforman en menos de un mes! Eso es algo que cualquiera puede comprender. ¡Más claro, agréguele agua!

El sistema habitacional se completó en un par de semanas. Hice que dejaran transparentes las paredes de la sala de control y que pintaran de un azul profundo la sala de descanso, que no tenía ventanas. Cuando acabaron, ya había hecho un buen acopio de cintas grabadas para mi diversión, y de todo lo necesario para

mantener a un hombre equilibrado durante una permanencia de siete semanas en un cuarto del tamaño de un gran baño.

El último día, el titiritero y yo escribimos la versión final de mi contrato. Yo tenía cuatro meses para llegar al centro de la galaxia y volver. Las cámaras exteriores funcionarían permanentemente; yo no debía interferir con ellas. Si la nave sufría un desperfecto mecánico, podría regresar antes de llegar al centro; de lo contrario, no. Había sanciones. Me llevé una copia de la cinta para dejársela a mi abogado.

—Hay algo que debería saber —me dijo después el titiritero—. La dirección de empuje es contraria a la dirección de hiperconducción.

—No entiendo.

El titiritero buscó las palabras adecuadas:

—Si enciende los motores a reacción y al mismo tiempo pone en funcionamiento la hiperconducción, las llamas precederán a la nave en el hiperespacio.

Me hice la imagen. Hacia atrás, a lo desconocido. Con el cuarto de control en la parte posterior de la nave, tenía sentido. Tenía sentido para un titiritero.

3.

Y partí.

Subí con dos gravedades comunes, porque me gusta hacerlo a mi modo. Durante doce horas usé solamente los motores a reacción. No convenía ahondar demasiado el pozo de gravedad usando la hiperconducción, en especial, una experimental. Los pilotos que hacen eso, quedan en el hiperespacio. Me entretuve en la sala de descanso hasta que sonó la campana. Me deslicé al cuarto de control, me até para evitar una caída, apagué los motores, me froté las manos y encendí la hiperconducción.

No fue como yo lo había esperado.

Por supuesto, no podía ver el exterior. Cuando la hiperconducción está en marcha es como el punto ciego de la retina que se expande para abarcar todas las ventanas. No es que uno no vea nada; uno se olvida que hay algo para ver. Si hay una ventana entre la alacena de la cocina y el dibujo «España» de Dalí, el ojo y la mente acercarán el cuadro hacia la alacena, borrando el espacio intermedio. Lleva tiempo acostumbrarse y, por cierto, hizo que mucha gente se volviese loca; pero no era eso lo que me molestaba a mí. Yo pasé miles de horas-hombre en el hiperespacio. Siempre mantuve mi vista fija sobre el indicador de masa.

El indicador de masa es una gran esfera transparente con numerosas líneas azules que irradian desde el centro. Cada una de las líneas es una estrella; su longitud muestra la masa de la estrella, su dirección y el lugar donde está ubicada. No necesitaríamos pilotos si el indicador de masa se hubiera podido enganchar a un autopiloto. Pero no se puede. Por más seguro y exacto que sea, el indicador de masa no es más que un instrumento psiónico. Necesita una mente que lo haga funcionar. Usé indicadores durante tanto tiempo que esas líneas eran para mí estrellas reales.

Una estrella vino hacia mí y la esquivé. Pensé que otra línea que no apuntara *directamente* hacia adelante podía ser lo suficientemente larga como para volverse una masa peligrosa, por ello la esquivé. Eso puso un diminuto punto azul frente a mí. Me desvié rápidamente y busqué un pasaje. Yo quería ir más despacio.

Repito: *Yo quería ir más despacio.*

Por supuesto, no había ningún pasaje gollete. Una parte del proyecto de investigación que el titiritero iba a tener que diseñar sería encontrar un pasaje diseñado como tal. Una línea larga y velluda llegó hasta mí: un protocolo...

Digámoslo así: imaginemos una de las viejas rutas de la Tierra. Usted puede haberlas observado desde el espacio como una maraña de ondulantes fajas de concreto, vacías y abandonadas pero nunca rotas. Algunas se cortan; otras están bordeadas por casas. La gente usa algunas para cabalgar. Imagine el aspecto que probablemente tuviera a las seis de una noche cualquiera de la semana en, digamos, el mil novecientos setenta. Repletas de automóviles.

Ahora bien, tomemos todos esos automóviles y quitémosles el freno. Más aún, coloquemos reguladores en sus aceleradores, de modo que las velocidades máximas varíen entre cien y ciento veinte kilómetros por hora, pero no todas iguales. Supongamos que algo anda mal al mismo tiempo en todos los reguladores, de modo que la velocidad máxima sea también la mínima. Uno comenzará a sentir síntomas de pánico...

¿Listo? Muy bien. Instale un radar en su automóvil, pinte el parabrisas y las ventanillas de negro, y láncese a la ruta.

Era algo así.

Al principio no pareció tan grave. Las estrellas seguían viniendo hacia mí, y yo continuaba esquivándolas, y después todo esto se transformó en una especie de rutina. Por experiencia podía darme cuenta de un solo vistazo si una estrella era lo suficientemente poderosa y próxima como para hacerme zozobrar. Pero en las Líneas Nakamura sólo tenía que echar un vistazo cada seis horas, más o menos. Aquí no me atrevía a mirar hacia otro lado. Como empezaba a sentirme cansado, los objetos celestes más cercanos comenzaron a aproximarse más y más. Después de tres horas tuve que abandonar.

Las estrellas tenían un aspecto sutilmente fuera de lo común. Una súbita sacudida me hizo ver que estaba totalmente fuera del espacio conocido. Sirio, Antares, nunca las reconocería desde aquí; ni siquiera estaba seguro que fueran visibles. Dejé esto de lado y llamé a casa.

—*Largo Alcance* llamando a Productos Generales, *Largo Alcance* llamando...

—¿Beowulf Shaeffer?

—¿Alguna vez le dije qué voz encantadora y sensual tiene usted?

—No. ¿Está todo bien?

—Temo que no. En realidad, no creo que pueda hacerlo.

Una pausa.

—¿Por qué no?

—No puedo estar esquivando estrellas continuamente. Una de ellas me va a alcanzar si continúo así por más tiempo. La nave es demasiado rápida.

—Sí. Tendremos que diseñar una nave más lenta.

—Odio tener que abandonar todo el dinero que me han prometido, pero mis ojos están como cebollas peladas. Me duele por todos lados. Voy a regresar.

—¿Tendré que ejecutar yo el contrato?

—No. ¿Por qué?

—El único motivo legal por el que puede regresar es por un desperfecto mecánico. De lo contrario, deberá pagar el doble de lo que se le ofreció. Jinx ha adoptado recientemente la política de enviar a la cárcel a los deudores.

—¿Desperfecto mecánico? —dije. En algún lugar de la nave había una caja con herramientas, con un martillo...

—No se lo mencioné antes porque me pareció descortés, pero hay dos cámaras ocultas en el sistema habitacional. Se nos ocurrió ir filmándolo con fines publicitarios, pero...

—Ya veo. Dígame una cosa, tan sólo una cosa. Cuando el representante local de Nosotros Lo Hicimos les envió mi nombre, ¿les mencionó que yo había descubierto que vuestro planeta no tiene luna?

—Sí, mencionó el asunto. Usted aceptó, para no hablar de ello, un millón de estrellas. Naturalmente, él tiene registro de la operación.

—Ya veo. —Así que ésa es la razón por la que han elegido a Beowulf Shaeffer, autor famoso—. El viaje durará más de lo que pensé.

—Deberá pagar una multa por cada día que sobrepase los cuatro meses. Dos mil estrellas por día de más.

—Su voz se ha vuelto un chirrido desagradable y molesto. Adiós.

Continué. Cada hora hacía una pausa para tomar un café. Me dediqué a comer y a dormir. Me pasaba viajando doce horas al día, y las doce horas siguientes tratando de recuperarme. Era una batalla perdida.

Al final del segundo día me di cuenta que cuatro meses no me alcanzarían. Podría llegar a hacerlo en seis meses, y perdería ciento veinte mil estrellas, quedándome de este modo igual que al principio. ¡Me lo merezco por confiar en un titiritero!

Las estrellas me rodeaban por completo, brillando a través del piso y entre las hileras de instrumentos. Tomé mi café, tratando de no pensar. La Vía Láctea brillaba débilmente entre mis pies. Las estrellas estaban más apiñadas ahora; eran más densas a medida que me aproximaba al Núcleo, hasta que finalmente tropezaría con una y ése sería el fin de mi viaje.

¡Una idea! ¡Y a tiempo, también!

—¿Beowulf Shaeffer? —La voz dorada contestó inmediatamente.

—No hay nadie más aquí, cariño. Mire, se me ocurrió algo. ¿Enviaría usted...?

—¿Es que algún instrumento no funciona, Beowulf Shaeffer?

—No, todos están bien por ahora. Mire.

—Entonces, ¿qué es lo que tiene que decirme que exija mi atención?

—Cariño, es hora de decidir. ¿Quiere usted venganza o desea que su nave vuelva?

Un corto silencio y después:

—Puede usted hablar.

—Puedo llegar al Centro mucho más rápido si entro primero en uno de los espacios entre los brazos de la galaxia. ¿Conocemos bastante de la galaxia para saber dónde termina nuestro brazo?

—Haré que el Instituto del Conocimiento lo investigue.

—Bien.

Cuatro horas más tarde fui sacado de un profundo sueño por el campanileo del hiperfono. No era el presidente, sino un empleado. Recordé que anoche había llamado «cariño» al titiritero, debido a mi propio cansancio y a esa voz seductora, y me preguntaba si había lastimado sus sentimientos. Debía ser varón (el sexo de un titiritero era uno de sus secretos). El empleado me dio la orientación y la distancia hacia el vacío más cercano entre las estrellas.

Me llevó un día llegar hasta allí. Cuando las estrellas comenzaron a espaciarse apenas pude creer en lo que veía. Apagué la hiperconducción, y era verdad. Las estrellas estaban a miles de años luz. Pude ver parte del Centro mostrándose en un reborde brillante, por encima de una oscura nube chata de polvo y estrellas.

4.

De ahí en adelante fue mejor. Estaba a salvo si miraba el indicador de masa cada diez minutos, más o menos. Me olvidé de los descansos, de las comidas y me dediqué a la isométrica mientras observaba los indicadores. Dormía ocho horas por día, pero en las dieciséis restantes trabajaba. El espacio vacío conducía al Núcleo por una estrecha curva, por la cual seguí.

Como viaje de exploración, la travesía era un fiasco. No vi nada; me mantuve bien alejado de todo lo que valía la pena verse. Estrellas y polvo, susurrantes conmutaciones anómalas que brillaban en el oscuro vacío, señales invisibles que podían haber sido estrellas: mis cámaras las recogían desde una distancia cauta y segura, mostrando pequeñas burbujas de luz. En tres semanas recorrí diecisiete mil años luz hacia el Núcleo.

El final de esas tres semanas fue el final del vacío. Ante mí había un amorfo aluvión de estrellas que se apoyaban en opacas nubes de polvo. Todavía me faltaban trece mil años luz para llegar.

Tomé algunas fotografías y seguí.

Diez minutos de intervalo, comidas que duraban cada vez más por el descanso que proporcionaban, períodos de sueño que dejaban mis ojos rojos y encendidos. Las estrellas eran densas, y el polvo más denso, al punto que el indicador de masa mostraba una mancha azul quebrada por numerosas líneas azules. Las líneas se hicieron menos marcadas. Hacía intervalos cada media hora...

Tres días así.

Era la hora del almuerzo del cuarto día. Me senté para mirar el indicador de masa y advertí las fluctuaciones en la mancha azul que mostraba la densidad cambiante del polvo que me rodeaba. De repente desapareció. ¡Genial! ¿No sería maravilloso que el indicador de masa se me descompusiera ahora? Pero las líneas de las estrellas todavía estaban allí, diez o veinte señalando en todas las direcciones. Volví al timón. El sonido del reloj indicó el momento de descanso. Suspiré con felicidad y entré al espacio normal.

El reloj indicaba que faltaba media hora para el almuerzo. De todos modos pensé en comer, pero rechacé la idea. La rutina era lo que me mantenía en funcionamiento. Me preguntaba qué aspecto tendría el cielo, pero miraba instintivamente hacia arriba para no mirar abajo, al piso transparente. Una extensión tan vasta es abrumadora aun para ojos entrenados. Recordé que no estaba en el hiperespacio y miré hacia abajo.

Por un momento, sólo miré. Después, sin sacar la vista del piso, tomé el hiperfono.

—¿Beowulf Shaeffer?

—No, Albert Einstein. Me embarqué clandestinamente cuando el *Largo Alcance* despegó, y decidí darme a conocer ahora, por la recompensa.

—Dar información errónea es una violación implícita del contrato. ¿Por qué llamó usted?

—Puedo ver el Núcleo.

—Ese no es motivo para llamar. En el contrato estaba implícito que vería el Centro.

—Maldición, ¿no le importa? ¿No quiere saber qué aspecto tiene?

—Si quiere describirlo ahora, como precaución contra accidentes, le conectaré a un dictáfono. No obstante, no podremos utilizar la grabación de no tener un éxito total.

Estaba pensando en alguna respuesta dura, cuando escuché el clic. Dioses, mi patrón había conectado el dictáfono. Pronuncié una frase breve y colgué.

El Núcleo.

Se habían ido las oscuras masas de polvo y gas. Hace mil millones de años que debieron haber sido barridas para servir de combustible a las hambrientas y apretujadas estrellas. El Núcleo estaba ante mí como una gran esfera enjoyada. Yo esperaba que fuera una cosa gradual, una densa masa de estrellas que se achicaban en los brazos. Pero no había nada gradual. Una clara bola de luz multicolor de cinco o seis mil años luz de extensión se anidaba en el corazón de la galaxia, fuertemente velada por las últimas nubes de polvo. Estaba a diez mil cuatrocientos años luz del Núcleo.

Las estrellas rojas eran las más grandes y brillantes. Algunas se destacaban nítidamente. El resto formaba una pintura verde y azul fosforescente. Pero esas estrellas rojas..., habrían mandado a Aldebarán de vuelta al jardín de infantes.

¡Todo era tan *brillante!* Necesitaba el telescopio para ver la oscuridad entre las estrellas...

Les *mostraré* lo brillante que era.

¿Es de noche donde están ustedes? Salgan y miren las estrellas. ¿De qué colores son? Antares es roja, si uno está cerca; en el Sistema Solar también lo será Marte. Sirio es azulada. Pero todo el resto son puntos blancos. ¿Por qué? Porque está *oscuro*. La visión diurna es en colores, pero en la noche uno ve blanco y negro, como un perro.

Los soles del Núcleo eran tan brillantes como para ofrecer una visión en colores.

¡Escogería un planeta así! No el Núcleo mismo, sino justo aquí, con el Núcleo a uno y otro lado, mientras las oscuras nubes de polvo forman una extraña cortina convolutada. ¡Hombre, qué vista! Imaginen a esa llameante esfera enjoyada que surge en el este, cientos de veces más grande como Binaria se muestra en Jinx, pero sin esa constante sensación que despierta Binaria, el temor que el monstruoso planeta anaranjado se le caiga a uno encima; porque el vasto Núcleo centelleante es sólo luz de estrellas, encantadora e inofensiva. Escogería mi mundo *ahora* y lanzaría una proclama. ¡Cuando los titiriteros establezcan su ruta, ya tendré la más hermosa propiedad del mundo conocido! ¡Si sólo pudiera encontrar un planeta habitable!

¡Si sólo pudiera encontrarlo dos veces!

Demonios, me iba a encontrar trabajo encontrar, desde aquí, el camino a *casa*. Entré en el hiperespacio y volví al trabajo.

5.

Una hora y cincuenta minutos, después de una comida y dos descansos, y cincuenta años luz más tarde, comprobé algo singular en el Núcleo.

Estaba más claro aún, o era más grande; yo había ya atravesado pedazos casi transparentes de la última nube de polvo. Un parche blanco, tan brillante que oscurecía el verde, azul y rojo que lo bordeaba, apareció no demasiado cercano al centro de la esfera. En el siguiente intervalo volví a mirar y parecía aún más brillante. En otro intervalo brillaba nuevamente, todavía con más fuerza.

—¿Beowulf Shaeffer?

—Sii. Yo.

—¿Por qué ha utilizado el dictáfono para llamarme un monstruo de dos cabezas y cobarde?

—Usted no estaba en la línea. Tuve que utilizar el dictáfono.

—Sí. Tiene sentido. Nosotros los titiriteros nunca hemos entendido vuestra natural disposición a ser cautelosos. —Mi jefe estaba enojado aunque no se le notara en la voz.

—Hablaré de ello si gusta, pero no es el motivo por el cual llamé.

—Explíquese por favor.

—Estoy de acuerdo con la precaución. La discreción es la mejor parte de la intrepidez, y me gusta. Ustedes pueden ser inclusive buenos comerciantes porque es mucho más fácil la supervivencia con mucho dinero, pero están tan preocupados por los diferentes tipos de supervivencia que no les interesa nada que no sea una amenaza. Sólo a un titiritero se le hubiera ocurrido rechazar mi ofrecimiento de describir el Núcleo

—Olvida a los kzinti.

—Oh, los kzinti. ¿Quién espera una conducta racional de los kzinti? Cuando ellos atacan, uno los vence pero no se decide a exterminarlos. Se espera a que repongan fuerzas y cuando vuelven a atacar, se los vence nuevamente. Mientras tanto ustedes les venden comestibles y les compran sus metales, y también los utilizan cuando necesitan buenos teóricos en los juegos. Es como si no constituyeran una amenaza real. Ellos *siempre* atacan antes de estar completamente listos.

—Los kzinti son carnívoros. Mientras a nosotros sólo nos interesa la supervivencia, a ellos sólo les interesa la carne. Conquistan porque necesitan que los sojuzgados les provean de comida. No pueden realizar trabajos domésticos. La agricultura les resulta desconocida. De no tener esclavos se convertirían en bárbaros atravesando las selvas para obtener su alimento. ¿Por qué deberían ellos estar interesados en lo que usted llama el conocimiento abstracto? ¿Por qué interesarse en el pensamiento si no se puede convertir el conocimiento en ganancia alguna para ellos? En la práctica, su descripción del Núcleo puede atraer sólo a un omnívoro.

—Ése sería un buen argumento, si no fuera por el hecho que la mayoría de las razas conscientes son omnívoras.

—Hemos pensado mucho y durante largo tiempo sobre eso.

Sí, gatos. Yo tendría que pensar mucho y por largo tiempo en *eso*.

—¿Por qué ha llamado, Beowulf Shaeffer?

—Oh, sí. Sé que no les interesa saber cómo es el Núcleo, pero yo veo algo que podría representar un peligro personal. Usted tiene acceso a cierta información y yo no. ¿Prosigo?

—Puede.

¡Ja! Estoy aprendiendo a pensar como un titiritero. ¿Era bueno eso? Le había comentado a mi jefe sobre la brillante y extrañamente formada mancha en el Núcleo.

—Cuando lo miré con el telescopio, casi me cegó. Los anteojos para sol de grado dos no ofrecen ningún detalle. Es sólo un trozo blanco y sin forma, pero tan brillante que las estrellas parecen puntos negros con bordes coloreados. Me gustaría saber qué lo causa.

—Parece poco usual. —Pausa—. ¿El color blanco es uniforme? ¿Es un brillo uniforme?

—Un momento. —Usé nuevamente el telescopio—. El color lo es, pero el brillo no. Veo áreas más oscuras dentro del trozo. Me parece que el centro se está descolorando.

—Use el telescopio para encontrar una nova. Debe haber varias en una masa tan extensa de estrellas.

Yo traté. Muy pronto creí haber encontrado algo: un disco brillante de un peculiar color blanco azulado con un disco rojo algo más pequeño y oscuro frente a él. Eso *tenía* que ser una nova. Las estrellas rojas eran las más grandes y brillantes tanto en el centro de la galaxia Andrómeda como en lo que había visto de nuestro propio Núcleo.

—Encontré una.

—Descríbala.

Un momento después vi lo que él había querido decir.

—Es del mismo color que el Pedazo. Tiene también casi el mismo brillo. ¿Pero qué puede hacer que un trozo de supernovas las haga estallar a todas al mismo tiempo?

—Usted ha estudiado el Núcleo. Las estrellas del Núcleo están separadas por un promedio de medio año luz. Están aún más cercanas en el centro y ninguna nube de polvo oscurece su brillo. Cuando las estrellas están así de próximas desparraman la luz suficiente entre ellas como para aumentar sus propias temperaturas. En el Núcleo las estrellas se queman y envejecen más rápidamente.

—Ya veo.

—Como las estrellas del Núcleo envejecen más rápidamente, una porción mucho mayor está más próxima a la etapa de supernova que en los brazos. También son todas más calientes teniendo en cuenta sus edades respectivas. Calcule las probabilidades si una estrella estuviera a pocos milenios de la etapa de supernova y una supernova estallara a medio año luz de distancia.

—Ambas podrían estallar. Entonces formarían una tercera, y las tres podrían formar dos más...

—Sí. Una supernova dura un año humano estándar, por lo que la reacción en cadena desaparecería pronto. Eso es lo que debe haber ocurrido con el pedazo de luz que ha visto.

—Bueno, es un alivio. Me refiero a saber lo que lo produjo. Tomaré fotografías mientras viajo.

—Como usted diga. —Clic.

El Pedazo continuaba expandiéndose mientras yo ingresaba: aunque no tenía más forma que una velada nebulosa, se iba haciendo cada vez más grande y brillante. No parecía muy justo lo que yo estaba haciendo. La luz que a las novae les había tomado cincuenta años poder despedir, la había cubierto yo en una hora moviéndome a una velocidad que hacía parecer irreal al Universo. En el cuarto período de descanso dejé el hiperespacio, fijé la vista en el suelo mientras las cámaras tomaban las fotografías, durante un momento desvié la vista del Pedazo y quedé repentinamente cegado por unas imágenes superpuestas color mandarina. Me coloqué un par de anteojos para el sol del grado uno, que tomé del paquete que contenía veinte de los que usan los pilotos cuando trabajan cerca de los soles en el despegue y en el descenso.

Me hizo estremecer el pensar que el Pedazo estaba aún a diez mil años luz de distancia aproximadamente. Si hubiera habido algún tipo de vida allí, la radiación del Núcleo ya la hubiera matado.

Mis instrumentos del casco mostraban signos de radiación como un destello solar.

En la siguiente parada necesité anteojos para el sol del grado dos. Algo más tarde, del tres. Luego del cuatro. El Pedazo se convirtió en una gran ameba brillante que hacía penetrar retorcidos tentáculos de fuego en las entrañas del Núcleo. En el hiperespacio el cielo se llenaba de tope a tope, por así decirlo; pero nunca pensé en parar. A medida que el Núcleo se aproximaba, el Pedazo crecía como algo vivo y que necesitara siempre más comida. Aun entonces, pienso que ya lo sabía.

Llegó la noche. El cuarto de control era un destello de luz. Dormí en la sala de descanso, al son del control que registraba la temperatura. Llegó la mañana, y ahí estaba yo afuera otra vez. El medidor de radiación hacía sonar su canción de muerte, cada vez más fuerte en los períodos de descanso. De haber planeado salir, hubiera tenido que desistir del plan. La radiación no podía penetrar a través de un casco de Productos Generales. Tampoco entra ninguna otra cosa, con excepción de la luz visible.

Pasé una mala media hora al tratar de recordar si algunos clientes de los titiriteros habían visto rayos X. Temí llamar y preguntar.

El indicador de masa comenzó a mostrar una mancha azul. El Pedazo emitía gases. Tuve que continuar cambiando mis anteojos para sol...

En algún momento de la mañana del día siguiente paré.

No había motivos para seguir adelante.

—Beowulf Shaeffer, ¿se ha habituado al sonido de mi voz? Tengo otro trabajo que hacer aparte de supervisar su progreso.

—¡Desearía pronunciar una conferencia sobre conocimiento abstracto!

—Sin duda, eso puede esperar hasta su regreso.

—La galaxia está explotando.

Hubo un extraño ruido, y luego:

—Repita, por favor.

—¿Me presta atención?

—Sí.

—Bueno. Creo saber la razón por la cual tantas razas sensibles son omnívoras. El interés en el conocimiento abstracto es un síntoma de curiosidad pura. La curiosidad debe ser un rasgo de supervivencia.

—¿Es necesario discutir esto? Muy bien. Puede que tenga razón. Ya otros han hecho la misma sugerencia, incluyendo a los titiriteros. ¿Pero cómo es que nuestras especies han sobrevivido?

—Ustedes deben tener algún sustituto de la curiosidad. Podría ser una inteligencia superior. Han andado lo suficiente como para descubrirlo. Nuestras manos no pueden compararse con sus bocas en la confección de instrumental. Aunque un relojero tuviera gusto y aroma en sus manos, carecería por completo de la fuerza de vuestras mandíbulas o los delicados bultos alrededor de vuestros labios. Cuando deseo conocer la antigüedad de una raza observo sus manos y sus pies.

—Sí. Los pies humanos están todavía adaptándose a su tarea de mantenerlos erectos. Sugiere usted, entonces, el hecho que nuestra inteligencia ha crecido lo suficiente para asegurar nuestra supervivencia sin depender de sus métodos de aprenderlo todo por el simple placer de aprender.

—No del todo. Nuestro método es mejor. Si no me hubieran enviados ustedes al Núcleo por publicidad, nunca se hubieran enterado de esto.

—Dice usted que la galaxia está explotando.

—Mejor dicho, terminó de explotar hace nueve mil años. Aunque estoy usando los anteojos para sol del número veinte es todavía demasiado brillante. Un tercio del Núcleo ha desaparecido. El Pedazo se está extendiendo a la velocidad de la luz. No veo que nada pueda parar esto hasta que golpee las nubes de gas que están detrás del Núcleo.

No hubo comentario. Proseguí:

—Gran parte del interior del Pedazo ha desaparecido, pero toda la superficie tiene ahora nueve novias. Y recuerde, la luz que estoy viendo tiene nueve mil años. Ahora le leeré algunos instrumentos. Radiación, doscientos diez. La temperatura de la cabina es normal, pero usted puede oír el quejido del control de la temperatura. El indicador de masa solamente muestra una masa por delante. Vuelvo.

—¿Radiación doscientos diez? ¿A qué distancia está usted del borde del Núcleo?

—Creo que cerca de cuatro mil años luz. Veo que han comenzado a formarse penachos de gas incandescente en el lado más cercano al Pedazo, moviéndose hacia el norte y el sur galáctico. Me recuerda algo. ¿Hay fotografías de galaxias en explosión en el Instituto?

—Muchas. Sí, ha sucedido anteriormente. Estas son malas noticias, Beowulf Shaeffer. Cuando la radiación proveniente del Centro alcance nuestros mundos, los esterilizará. Nosotros los titiriteros necesitaremos muy pronto considerables sumas de dinero: ¿Habré de desligarlo del contrato, sin pagarle nada?

Me reí. Estaba demasiado sorprendido para tomarlo mal.

—No.

—¿No intentará usted penetrar en el Centro?

—No. Bueno, ¿por qué?

—Entonces, según los términos de nuestro contrato, usted abandona.

—Se vuelve a equivocar. Tomaré fotografías de estos instrumentos. Cuando la corte lea estas lecturas del medidor de radiación y la mancha en el indicador de masa, se darán cuenta que algo anduvo mal.

—Tonterías. Bajo los efectos de las drogas de la verdad usted explicará las lecturas.

—Seguro. Y la corte sabrá que ha tratado de hacerme caer en el centro mismo de ese holocausto. ¿Sabe lo que dirán?

—¿Pero cómo puede fallar una corte en contra de un contrato grabado?

—El hecho es que eso será lo que desearán. Quizás decidan que ambos estamos mintiendo, y que los instrumentos se enloquecieron realmente. Quizás hallen la manera de decir que el contrato era ilegal. Pero fallarán en contra suya. ¿Quiere que apostemos?

—No. Ganó usted. Regrese.

6.

El Núcleo era una joya de un encantador colorido cuando desapareció debajo de los cristales de la galaxia. Me hubiera gustado visitarlo alguna vez; pero no hay máquinas del tiempo.

Había penetrado muy cerca del Núcleo en algo cercano a un mes. Me tomé mi tiempo para volver a casa, subiendo hacia el norte galáctico y volando sobre los cristales donde no había estrellas que me pudieran molestar, y aún así lo hice en dos meses. Todo el camino me preguntaba por qué había querido trampearle el titiritero. La publicidad de *Largo Alcance* hubiera sido más efectiva que nunca; no obstante, el presidente local hubiera estado dispuesto a lanzarla sólo para arruinarme. Yo no pude preguntar la razón, porque nadie respondía a mi hiperfono. Nada de lo que yo sabía de los titiriteros podía explicármelo. Me sentí perseguido.

Mi cápsula me transportó a la base en el Extremo Alejado. Allí no había nadie. Transporté la cabina a Sirius Mater, la ciudad más grande de Jinx, pensando entrar en contacto con Productos Generales, devolver la nave y recibir mi paga.

Me aguardaban más sorpresas.

1) Productos Generales había depositado ciento cincuenta mil estrellas en mi cuenta del Banco de Jinx. Una nota personal establecía que el hecho de escribir el artículo era asunto exclusivamente mío.

2) Productos Generales desapareció. Ya no venden más cascos para naves espaciales. A las compañías con contratos se les pagaron las cláusulas penales. Todo esto sucedió dos meses atrás, simultáneamente en todos los mundos conocidos.

3) El bar donde estoy se encuentra en el piso más alto de Sirius Mater, más de una milla por encima de las calles. Aún desde aquí puedo escuchar la quiebra del mercado de acciones. Comenzó con la quiebra de las compañías aeroespaciales que no tenían cascos para construir naves. Cientos de otras las siguieron. Le lleva mucho tiempo a un mercado interestelar apartarse de lo establecido, pero como sucede con las novas del Núcleo, nada puede impedir la reacción en cadena.

4) El secreto del casco indestructible de Productos Generales se publicita para la venta. Los representantes humanos de Productos Generales aceptarán ofertas durante un año, ninguna licitación podrá ser inferior a un trillón de estrellas. Entren por la planta baja, muchachos.

5) Nadie sabe nada. Esto es lo que causa la mayor medida de pánico. Hace ya un mes que dejó de verse a un titiritero en cualquier mundo conocido.

¿Por qué dejaron de lado tan repentinamente los asuntos interestelares?

Yo lo sé.

En veinte mil años una corriente de radiación barrerá esta zona del espacio. Treinta mil años luz pueden parecer una distancia enorme, segura, pero no lo es, no para una explosión tan grande. Hice averiguaciones. La explosión del Núcleo hará inhabitable esta galaxia para cualquier forma de vida conocida.

Veinte mil años *es* mucho tiempo. Es cuatro veces más que la historia humana escrita. Todos nosotros seremos menos que polvo antes que las cosas se tornen peligrosas, y yo por una vez no habré de preocuparme por ello.

Pero los titiriteros son diferentes. Ellos son temerosos. Se están yendo precisamente ahora. Les hubiera costado tanto dinero pagar sus cláusulas penales y comprar motores y otros equipos para colocarlos en sus cascos indestructibles, que aun el hecho de confiscar mi ínfima paga les hubiera servido de algo. Los negocios interestelares se pueden ir al diablo, de aquí en adelante los titiriteros sólo tendrán tiempo para correr.

¿Hacia dónde irán? Bueno, la galaxia está rodeada de un halo de pequeños cúmulos globulares. Los cercanos al borde estarán a salvo. O bien los titiriteros pueden irse a la lejana Andrómeda. Tienen al *Largo*

Alcance para explorar, si es que vuelven por él, y pueden construir más. Fuera de la galaxia hay espacio vacío suficiente aun para un piloto titiritero, si él considera que su especie está amenazada.

Es una lástima. Esta galaxia será aburrida sin titiriteros. Esos monstruos de dos cabezas no eran solamente la parte más confiable en los negocios interestelares; eran como agua en un desierto de seres más o menos humanos. Es muy triste que no sean tan valientes como nosotros.

¿Pero es así?

Nunca supe que un titiritero se rehusara a enfrentar un problema. Puede decidir simplemente cuán rápido debe correr, pero nunca pensará que el problema no existe. En algún momento de los próximos veinte milenios, nosotros los humanos tendremos que mudar una población que ya es de cuarenta y tres mil millones. ¿Cómo? ¿Hacia dónde? ¿Cuándo deberíamos comenzar a pensar en eso? ¿Cuando el brillo del Núcleo comience a resplandecer entre las nubes de polvo?

Tal vez los hombres sean los cobardes en el corazón.

FIN

Libros Tauro